

## NIETZSCHE Y EL JUDAÍSMO

SARAH KOFMAN, *El desprecio de los judíos. Nietzsche, los judíos, el antisemitismo*, Arena Libros, Madrid, 2003.

La ambigüedad de Nietzsche, apunta Kofman, ha dado pie a que se le tache de incoherente y contradictorio. También en lo referente a su antisemitismo se ha optado por ese tipo de lectura más simple y carente de un examen exhaustivo de los textos. Y así, la visión que durante mucho tiempo ha estado de moda es aquella que lo acusa de haber sido, dice Kofman, «el portavoz, incluso el padre del nazismo, y de ser —ni más ni menos— responsable, entre otras cosas, ¡de Auschwitz!» (pp. 11-12). El destino de muchos libros (y esto es algo que ya Nietzsche sabía) es ser malinterpretados y reapropiados de una forma a veces escandalosa. Parece que a lo escrito le pertenece el ser manipulado. Como sabemos, gracias a las falsificaciones llevadas a cabo por su hermana Elisabeth Foster, los archivos Nietzsche en Weimar fueron puestos al servicio del mismísimo Hitler y su III Reich, quien pretendía convertir el lugar en punto de reunión en el que los alemanes pudieran establecer contacto con la «supuesta doctrina nietzscheana de la «raza» superior» (p. 13). De este modo, Nietzsche quedó consagrado como el ideólogo y padre del nacionalsocialismo y su *Zaratustra* pasó a convertirse en la biblia de la juventud hitleriana.

Ya el hecho de haber sido «malentendido» por el alemán de su tiempo (el II Reich de Bismarck) es algo que Nietzsche despreciaba abiertamente, hasta el punto de renegar de su familia materna. Reniega de los alemanes, a quienes acusa de poseer bajos instintos y de carecer de delicadeza para percibir los matices. Y reniega del nacionalismo, esa «neurosis», según él, producto del resentimiento y la sinrazón por la que Europa se veía cada vez más afectada y dividida. Sarah Kofman, en un constante diálogo con ellos, nos remite a los textos —del *Ecce Homo*, *Aurora* y *Fragments póstumos* en particular—, en los que Nietzsche se despacha contra la ignorancia y la mentalidad pueblerina que achacaba a los alemanes. Según él, el antisemi-

tismo se encontraría, sobre todo, en esa manera tan alemana de escribir la historia.

Judíos y alemanes son constantemente contrapuestos por Nietzsche, no en términos de superioridad entre dos razas sino en tanto que dos tipos separados. Compara a unos y otros en todos los dominios de la cultura: por ejemplo, la «pesadez bovina» de la música y la literatura alemana frente «a la sutileza y la malicia judías» (p. 18). En este sentido, la literatura de Heine representaría la cumbre de la prosa alemana y la gran superación del romanticismo; mientras que en música, una vez desvinculado de Wagner, el último romántico, considera al judío Offenbach como un auténtico «genio musical». Pero lo que más llamará su atención —anticipándose a lo que Freud dirá en *Moisés y el monoteísmo*—, no serán tanto las diferencias como las semejanzas. Nietzsche explica el antisemitismo de los alemanes —dice Kofman— a partir de «su gran celo por querer ser ‘verdaderos alemanes’, pregonando bien alto la pureza de su ‘raza’ por miedo a ser confundidos con los judíos a los que en el fondo se sienten muy próximos» (p. 21). Como su prefijo indica, el *antisemitismo* se caracteriza por su carácter reactivo, lo que parecería dotar de fuerzas afirmativas a su contrario: el *judío*. De este modo, en ocasiones los judíos son considerados por Nietzsche como un pueblo que ama la vida y, por tanto, la Ley —espejo de lo justo y lo prohibido— no se aplica de manera reactiva o inhibitoria. Kofman insiste en este aspecto del pensamiento nietzscheano al que piensa que no se le ha prestado la suficiente atención:

«Nietzsche convierte el pueblo judío *no sólo* en el pueblo más afirmativo de todos, *sino* en el pueblo mismo de la ley. La ley judía no es la ley social: está otorgada por Dios, el poder supremo, que, distinguiendo, eligiendo entre todos al pueblo judío para ser el pueblo de su ley, le confiere una propensión a lo sublime que no posee ningún otro pueblo. Son el pueblo elegido, supremamente distinguido por Dios: es por lo menos lo que supieron *imaginar* los judíos» (pp. 24-25).

La «especialidad moral» judía consiste, según Nietzsche, en la concepción sublime de su distinción frente a otros pueblos. Su invencible fe, marca de su elección, les ha permitido supe-





rar y despreciar el desprecio sufrido. Esta Ley sublime, inhibitoria de la muerte y el resentimiento pero no de las fuerzas afirmativas, les hace pensar que, a pesar de todo, nunca han sido abandonados por Dios. Por otro lado, en algunos textos de la *Gaya ciencia*, Nietzsche habla de este Dios de ficción como un Dios demasiado oriental, todopoderoso y al que los pecados mortales no afectan, pero al que la venganza complace. Este Dios ama a los hombres mientras éstos estén con él pero «lanza miradas y amenazas terribles contra quienes no creen en este amor»<sup>1</sup>. Un Dios que, aunque omnipotente, ama de manera parcial, pues parece amar su derecho a sancionar y castigar aún más que a los propios hombres.

«*Demasiado judío*. Un Dios que quería llegar a ser objeto de amor, tendría que haber renunciado en primer lugar a juzgar y a la justicia —un juez, incluso un juez clemente, no es objeto de amor—. El fundador del cristianismo no fue lo suficientemente sutil en este punto —como judío»<sup>2</sup>—.

Nietzsche se refiere a San Pablo, ese «Pascal judío» y verdadero inventor del cristianismo, como el mayor venerador y despreciador de la ley judía. Dice Kofman en relación a esto: «En el fondo, lo insoportable para San Pablo era la idea de la trascendencia divina, de la separación absoluta, que ella supone entre lo divino y lo humano y que hace imposible el pensamiento mismo de cualquier *comunión* con Dios» (p. 27). El odio hacia lo judío en San Pablo, tal como lo ve Nietzsche, va unido a un odio hacia la «carne» y hacia la Ley, «hacia su omnipotencia y hacia su sublimidad, que convierten al hombre en un pecador para siempre» (pp. 29-30).

Habría, en suma, que destacar dos consideraciones de Nietzsche respecto a los judíos. Por un lado, admite que el antisemitismo ha envidiado su condición o su autopercepción como pueblo elegido por mandato divino. Esta

envidia antisemita vendría acompañada además por un desprecio a la Ley, cuyo correlato es la circuncisión. Y, por otro lado, Nietzsche considera que la ficción judía de una soberanía cuyas acciones sólo tienen consecuencias sobrenaturales, convierte a los judíos en los inventores de la culpa y el pecado, y los vuelve ajenos al arte y al placer de la tragedia:

«A los griegos, por el contrario, les era más próximo el pensamiento de que hasta el criminal podía tener dignidad —y también el robo—, como en Prometeo, o incluso el degollamiento de ganado como expresión de una envidia demente, como es el caso de Ajax; en su necesidad de atribuir e incorporar dignidad al criminal, ellos inventaron la tragedia: un arte y un placer que, pese a su capacidad poética e inclinación a lo sublime, permaneció, en lo más hondo de su naturaleza, ajeno por completo a los judíos»<sup>3</sup>.

Muchos son los textos en los que opone a judíos (cuya categoría estética sería «lo sublime», en sentido kantiano) y griegos (los «trágicos»). Los primeros habrían situado su ideal de Dios tan alto, tan lejos de sí, que sólo les quedaría la sumisión y el tormento; mientras que los segundos, estarían emparentados con los dioses, a quienes dotaron de las mismas pasiones humanas.

La figura del judío se presenta, por tanto, desdoblada, extraña y paradójica. Si bien, admite Nietzsche, el judío se considera por encima de quienes le desprecian; sin embargo, debido a esa concepción del pecado insuperable, también se odia a sí mismo y extiende su odio al resto de la humanidad. En un texto titulado *Del pueblo de Israel*<sup>4</sup>, Nietzsche llega a decir que los judíos, acostumbrados a ser menospreciados y humillados, han sabido vengarse astutamente a través de los sórdidos oficios a los que se les ha abandonado.

Con todo esto, Nietzsche no pensaba que se pudiera liquidar sin más el «caso» judío en Europa; muy al contrario, pensaba que éstos no

<sup>1</sup> NIETZSCHE, *La ciencia jovial [La gaya scienza]*, Biblioteca nueva, Madrid, 2001, § 141, pp. 230-231.

<sup>2</sup> *Op. cit.*, § 140, p. 230.

<sup>3</sup> *Ibid.*, § 135, pp. 226-227.

<sup>4</sup> F. NIETZSCHE, *Aurora*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000, § 205, pp.186-188.

habían dicho aún su última palabra, que todavía no habían devenido lo que realmente eran. Por medio de una conversión, dice Kofman «casi hegeliana», los judíos dejarían su ancestral situación de servidumbre y desprecio para convertirse en los amos y en el pueblo más noble, recuperando su gloria y poder pasado y reapropiándose de la grandeza transferida por ellos mismos a su Dios. Nietzsche parece regocijarse al imaginar tal conversión. Y Kofman apunta que si este nuevo «gran hombre» judío no es asimilado por Nietzsche al superhombre es sobre todo porque los judíos no podrían reconocer que ellos «habían creado a su Dios a su imagen» (p. 40), lo que les hubiera impedido creerse los *elegidos* o los preferidos del padre.

Kofman reitera que considerar que Nietzsche es poco menos que el padre del racismo nacionalsocialista, sólo es posible mediante la oculación de una parte decisiva de sus textos. Incluso cuando emplea el término «raza» o «nación» se

trataría, según ella, de un desplazamiento de su sentido, de un distanciamiento que le permite ser crítico precisamente con el antisemitismo. En suma, Sarah Kofman trata de diferenciar el supuesto antisemitismo atribuido a Nietzsche de las críticas que el filósofo hace al judaísmo (del mismo modo que critica el cristianismo, el platonismo, el budismo y todos los «ideales ascéticos») y a las que tanto partido les sacó el régimen nazi. Pero al mismo tiempo Kofman no niega (haciendo múltiples referencias a su correspondencia) las huellas de antisemitismo del joven Nietzsche, fascinado por Wagner y Schopenhauer, que por aquel entonces eran modelos de renovación cultural en Alemania. Admiración inicial a la que renunciaría «después de toda una operación selectiva y catártica» (pp. 58-60), y a la que Kofman no duda en calificar como un *error de juventud*.

Dácil ÁLAMO SANTANA

